

Entrevista con Javier Sicilia

Las múltiples dimensiones del Desierto

David Huerta

A veces los premios literarios sirven para acercar a los lectores a escrituras de alta calidad. Es el caso de Javier Sicilia, quien en 2009 mereció el Premio Nacional de Poesía “Aguascalientes” por Tríptico del Desierto, publicado por Era. En este diálogo sostenido con David Huerta, Javier Sicilia explica y comenta su quehacer, analiza algunos grandes temas de la composición poética y reflexiona sobre su libro.

David Huerta: Javier Sicilia, gracias por aceptar esta entrevista. El título de tu libro Tríptico del Desierto señala su forma y estructura (es un “tríptico”) y en el curso de la lectura sabemos que el segundo sustantivo, como en obras anteriores tuyas, tiene el peso de mayor significación: desierto, que en género femenino, y como adjetivo, califica a la presencia de una de tus principales colecciones de poesía. ¿Qué es el desierto para ti, en sus connotaciones físicas, metafísicas y poéticas?

Javier Sicilia: Gracias a ti, David. Es un honor que sea un poeta, que además admiro mucho, el que me la haga. En la tradición judeocristiana, después de la Caída, el desierto ha estado relacionado con el encuentro con Dios. Las razones son múltiples. Diré sólo una fundamental. En él, las imágenes de Dios, es decir, de su Creación, que con la Caída —una falta de dimensiones cósmicas— quedaron distorsionadas se reducen al mínimo y entonces Dios puede hablar, presentarse con su voz. En

él, Dios habla a Moisés desde la zarza ardiente. A él también fueron los profetas, los poetas del pueblo hebreo, a escucharlo. En él, Jesús se retiró a orar y a descubrir su misión; en él también, durante los inicios del cristianismo, los Padres del Desierto, los antecedentes de la vida monástica, se asentaron en busca del paraíso, cuando, después de que Constantino I creó la Iglesia imperial, reconocieron que era absurdo hacer coexistir la vida Evangélica con el Estado. En mi caso, sin embargo, hay algo más, el desierto no es sólo el lugar del encuentro con Dios, es un sustantivo que lo nombra —de ahí que en el caso del *Tríptico del Desierto*, esté escrito con mayúscula. Decir Desierto, en mi caso, es nombrar su presencia. Sólo lo que está vacío —y aquí me acerco al zen y a la gran tradición mística del maestro Eckhart— puede contenerlo todo, o sólo del vacío, del hueco, digo en un poema del *Tríptico*..., emana lo creado. Es, para

ir más lejos dentro de la tradición judeocristiana, una condición de la caridad o —para usar la palabra griega que no está tan degradada como la latina— del *ágape*. Dios —dice esa gran mística que fue Simone Weil, que a su vez, supongo, lo retoma de la noción del *tsintsum*, sobre la que tú escribiste un espléndido poema, que viene de la tradición hispano-hebraica y que postuló el cabalista Isaac Luria— creó por amor, pero ese amor es un amor de disminución, de retiramiento, de desertificación, podría decir. De lo contrario sólo habría Dios. De esa manera su presencia es su ausencia y lo Creado las huellas de su presencia. En la tradición cristiana ese acto de inmenso amor vuelve a repetirse con la Encarnación: el acto por el que Dios, el Verbo increado, se hace carne en Jesús de Nazareth, que la tradición define con la palabra griega *kenosis* (vaciamiento) y que adquiere un contenido absoluto en la Crucifixión. Cristo —su prédica y su vida—, valga la paradoja, es la presencia del Padre en su ausencia, su presencia que resuena en la carne de Jesús, la presencia del *ágape*, que es un amor de disminución, de vacío, un amor que, semejante al desierto, es negación de poder para dejar más lugar, más libertad, más existencia al hombre y no impedirle ser. Ese amor me lo evoca la presencia del desierto.

Uno de los poemas más admirados, ampliamente leído y de gran influencia en la poesía actual de América Latina es, sin duda, “El Desierto de Atacama”, del chileno Raúl Zurita. ¿Tienes alguna opinión sobre ese poema y sus alcances, su importancia, su proyección en tu propia obra o en la de otros poetas que te interesan?

Sí, es un poema magnífico, admirable, que reconstruye para nuestra época al desierto como el espacio de la intimidad que la historia puso en crisis; reconstruye algo más —porque el desierto de Zurita es un desierto específico, el de Atacama, al norte de Chile, un desierto, por lo que he podido ver en fotos, tan hermoso como el poema de Zurita— la voz tribal, la voz de lo específico que la globalización ha arrasado en nombre de la uniformidad unidimensional. Sin embargo, a diferencia de mi visión del desierto, Zurita habla de él —el poema se encuentra en un libro llamado *Purgatorio*— como un espacio de purificación —hay que recordar que esa es también otra dimensión del desierto en la tradición judeocristiana: el pueblo hebreo, conducido por Moisés, atraviesa el desierto para purificarse y Jesús se retira en él no sólo para orar, si no también para purificarse antes de su misión y ser tentado por el demonio—, pero de una purificación que no se ha completado aún porque “en los desiertos de Atacama”, dice el poeta, “[...] no voló el espíritu de J. Cristo que era un perdido”. Aun así, el poema habla de una purificación que se está dando en el sufrimiento chileno y que prefigura —allí mi visión se enlaza con la suya— lo que es y será, ese “ya,

pero aún no” de la redención cristiana, y que Zurita describe en estos versos magníficos: “Sobre el vacío del mundo se abrirá / completamente el verdor infinito del desierto de Atacama”. Lo maravilloso del poema de Zurita es que al hablar de lo específico, que toca una fibra muy sensible del sufrimiento de Latinoamérica, habla también, desde esa especificidad, de una dimensión profundamente espiritual y universal, que está en lo mejor de la tradición cristiana y en lo mejor de todas las grandes tradiciones espirituales. Es un gran poema de redención. De allí quizá —en un mundo que más que nunca necesita mirarla y escucharla con palabras nuevas— su influencia.

Hace unos días leí una observación muy pertinente acerca de tu fe y de tu vocación poética. Se habla y se escribe de ti como un “poeta católico”, pero de diversas maneras se pone el acento en el adjetivo y se debilita, por ello, el sustantivo: el resultado o el efecto de esa operación reduccionista sería que eres más bien “católico” y por lo tanto menos poeta, o que en tus poemas más bien “predicas” que “poetizas”. Esto formaría parte de una sociología, un poco mezquina, de la literatura; pero afecta la lectura de tus poemas. ¿Cómo resuelves ese conflicto, si es que para ti lo es? ¿O sencillamente no hay en todo esto el menor problema? Has hablado con claridad de tus convicciones, de tu fe y de tu idea de la poesía, pero parece que no todos escuchan.

En realidad no es un problema para mí: mi fe y mi poesía están profundamente imbricadas. El problema



Javier Sicilia

© Isolda Oyarzo

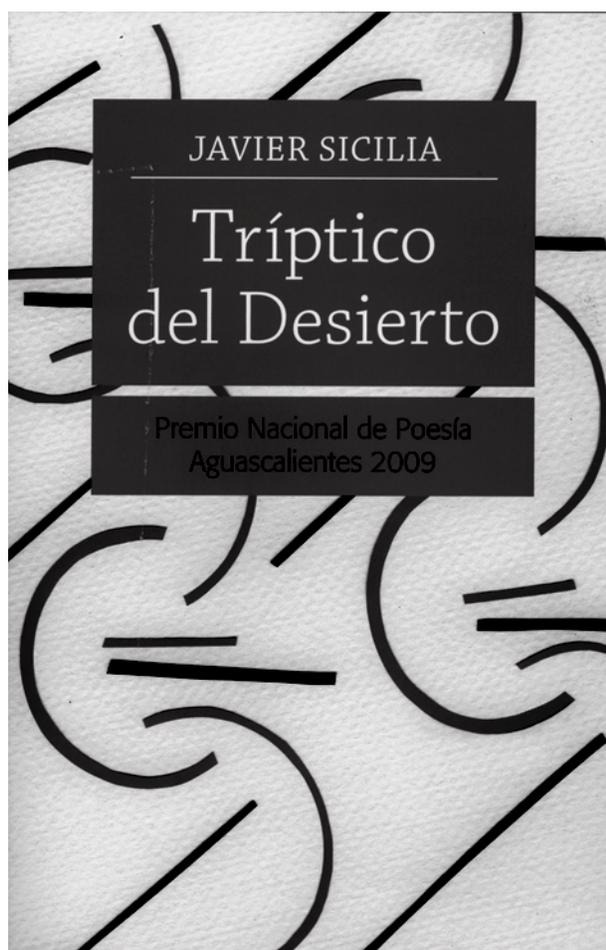
es del prejuicio ideológico. Un adjetivo de esa naturaleza introduce una sospecha: inmediatamente se piensa que ese poeta se ha puesto al servicio de una ideología. Sucedería lo mismo si a Neruda, por ejemplo, o a Miguel Hernández, se les hubiera añadido el adjetivo de comunistas. En mi caso, el adjetivo de católico hace, en el territorio de lo ideológico, que algunos me enjuicien sin haberme leído —si es católico debe ser un “mocho”, y ¿quién quiere leer a un “mocho”?— y que otros me lean con prejuicio, tratando de encontrar el tufo católico para señalar, como apuntas bien, al predicador en el poeta. Tengo, sin embargo, que decir que yo he sido un poco culpable de ese calificativo, porque he sido poco apofático (esa palabra que viene del griego *apofasko*, negación, y que hace parte de la mejor tradición mística, como cuando Juan de la Cruz escribe su *Cántico espiritual* o la *Noche oscura*, que a la letra son poemas eróticos que hablan de la experiencia de Dios sin nombrarlo) en la escritura de mis poemas, es decir, he nombrado demasiado la fe de la que provienen. Sin embargo, lo que el prejuicio no comprende —no se le puede pedir comprensión al prejuicio— es que esa fe es hija de una experiencia con el Cristo y su revelación, y no de la ideología católica. Aunque la Iglesia católica me ha dado, en el depósito de la fe que resguarda, el suelo en el que esa experiencia se da, nunca he sido vocero de la institución. He hablado desde la experiencia de una fe y de una

Iglesia —en el sentido de cuerpo místico de Cristo— sin la que Occidente carecería de sentido. Por ceguera —hija de los remanentes del jacobinismo, del racionalismo, de las ideologías históricas y de las estupideces cometidas por la institución católica— suele confundirse esa fe y esa Iglesia con la institución y la ideología católicas.

A mí, me habría gustado ser más apofático —ese decir que está en lo mejor de la tradición ortodoxa y católica y de cuyas fuentes me he nutrido amorosamente. Sin embargo, en el mundo del alzheimer social en donde a causa del borramiento de la tradición, de la vergüenza de afirmar una identidad, una pertenencia y un origen en nombre del individuo desarraigado, sin responsabilidades ni deberes, siempre, desde que empecé a escribir, me pareció importante hablar abiertamente de y desde el sitio del que provengo. Me parece que en un mundo como éste sólo quien sabe de dónde viene y qué luces, en el orden de una experiencia espiritual, le ha dado el suelo que lo ha nutrido, puede abrirse al encuentro con otros y hablar originalmente —es decir, con fidelidad al origen— desde la belleza, que son las diversas moradas del Padre. Lo demás pertenece al prejuicio y con el prejuicio no hay mucho que hacer.

En Tríptico del Desierto hay pasajes notables sobre un tema paradigmático de la “poesía secular”: la ciudad moderna. El poema III de la primera sección del libro, “Las cuentas en los dedos”, está dedicado a ese tema; tú practicas una especie de torsión en ese territorio y ofreces imágenes de una profundidad y una agudeza sorprendentes. ¿La ciudad es una imagen contrapuesta a la del Desierto, complementaria de ésta, o su prolongación?

En realidad es una especie de desierto invertido. La tradición atribuye a Caín, el asesino de su hermano Abel, que, después del crimen, quiere escapar de la mirada de Dios, la construcción de la primera ciudad. Con ella, el hombre intentó poner un segundo coto a sus vínculos con Dios, un coto, cuyo primer momento, el de la Caída —el pecado de Adán y Eva, los padres de Caín y Abel—, marca no sólo el sentido de independencia con el que el hombre quiere caminar —cosa que está ya dada desde el momento en que el hombre está en Dios, pero, en su condición de criatura, es independiente de él y libre, de ahí que su relación con él antes de la primera ruptura sea de diálogo. Recordemos que Dios bajaba al Paraíso para conversar con Adán y Eva—; sino, y ésta es la cuestión grave, el aspecto, digamos, demoníaco de esa ruptura cósmica: el querer ser como Él. Es la promesa de la serpiente —la promesa que determina el momento de la Caída—: “Serán como dioses”. En este sentido, vista desde ese poema que es el *Génesis*, la ciudad es un desierto invertido, una especie de mundo en el que el hombre, que ha roto y desalojado



a Dios de su vida, intenta y finge ser una especie de dios que controla el mundo y es dueño de sus actos.

La ciudad moderna, que es el rostro más acabado de la ciudad, ha llevado esa ruptura a un grado de desmesura atroz: un universo virtual, un sistema en donde los poderes que hemos desatado, y ya no podemos controlar, no sólo nos dominan, haciéndonos creer libres —la ciudad moderna al enchufarnos a sus sistemas de transportes, de comunicación, de educación, de salud, de partidos y de mercado, ese poder productor de necesidades, destruye nuestra autonomía y, haciéndonos creer poderosos, nos somete a dosis cada vez mayores de dependencia, de competencia y de malestar—; sino que destruye las alteridades, las culturas y el *locus* mismo en el que sólo podemos ser y estar: la creación de Dios —que es un don, una huella de su presencia— o, para decirlo en términos seculares, la naturaleza. Los griegos llamaban a esa desmesura *hybris* —el sobrepasamiento de los límites humanos— y a sus consecuencias, *Némesis* —la venganza de los dioses. La ciudad es así, en la visión del *Tríptico*..., el desierto invertido: no una metáfora de la disminución que permite que todo sea, sino de la desmesura que, al querer dominarlo todo, somete, destruye y desertifica, en el sentido de agostar. No una metáfora del vacío, sino de la vaciedad; no el sitio de la presencia ausente, de su gratuidad, de la relacionalidad y el amor, sino de la ausencia de la presencia, de la utilidad, del conflicto y el desamor; en síntesis, un desierto en el sentido de un lugar inhóspito donde habita un dios invertido, el hombre desarraigado y posesivo; el sitio de Caín y de la nada en su sentido occidental.

Leo en una página de Antonio Gamoneda lo siguiente: “No soy un hombre religioso aunque pueda estar habitado por voces religiosas”. Yo quisiera, contigo, modificar un poco esta declaración de Gamoneda: “No soy un hombre religioso pero estoy habitado por voces religiosas”. Creo que todos lo estamos, de muy diferentes maneras. Hay “voces en el desierto” y hay “Voces en el Desierto”: las mayúsculas indicarían cierta porción de majestad, la majestad de la profecía, o si uno quiere, la majestad de la poesía. Tu poesía está atravesada por voces seculares, voces poéticas, voces bíblicas. Es una poesía polifónica, intertextual, multidimensional. ¿Qué son las voces o las Voces para ti, en esa perspectiva múltiple que aboceto a partir de lo dicho por Antonio Gamoneda?

Me encanta Gamoneda y me parece muy hermosa la forma en que modificas su decir para nombrar lo que me habita. Hay una hermosa oración atribuida a Gregorio de Nicea —uno de los padres capadocios del siglo IV, que utilizo como epígrafe en mi libro *Oro*— en donde San Gregorio, al hablar de “el más allá de todo”, del inefable, de aquél “que ninguna palabra logra expresar ni ninguna inteligencia [...] concebir”, dice que el decir de todos los seres —en su deseo, en su gemido, en



su habla, en su presencia— se dirigen hacia él. “Todo lo que existe —escribe— te reza / y todo ser que sabe leer tu universo / entona hacia ti un himno de silencio”. Yo, dando una vuelta de tuerca a esa inmensa intuición, diría que las voces de todas las criaturas, al celebrarlo lo nombran, sin nunca poderlos contener ni decir en su totalidad porque siempre, como lo dice el propio Gregorio de Nicea y la tradición apofática, está “más allá de todo”.

El decir de la tradición poética es, visto desde allí, también parte de ese decirse del inefable, y yo, cuando lo escucho a través de las Voces de la tradición, lo incorporo a mi decir y, a través de ellas, me uno al coro de ese único decir de millones de voces. Me parece que son de esas mismas Voces de las que habla Eliot cuando en el primer canto de “*The Dry Salvages*” escribe —te cito la versión española de José Luis Rivas que es la mejor que conozco—: “El mar posee muchas voces [...] que se oyen juntas a menudo [y miden] el tiempo, mas no el tiempo nuestro / sino uno diferente, más antiguo [...]”. Es también de esas Voces de las que hablo en el *Tríptico*..., cuando en el canto III del “*Gozo*”, que se encuentra en el primer panel, escribo, hablando con Ana, la profetisa del templo de Jerusalén: “Todo estás aquí, sí, todo [...] porque [...] esta presencia, / este ser en la carne, aún perdura en el hoy y el ayer / [...] y se apropia del



Jorge Carrera Andrade

mundo y de sus voces / [...] porque nada termina, / todo se añade / en esta permanencia en movimiento [...] y se alegra de estar, / de acumular el tiempo en su breve envoltura, / mientras se abre a lo abierto que lo hace posible [...].”

De allí mi amor por la intertextualidad, por lo polifónico, por el palimpsesto y lo multidimensional.

En un poema del poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, descubro estos dos versos, que aquí reproduzco, y te pido, Javier Sicilia, que los comentes en el marco de nuestra conversación en curso sobre tu poesía y sobre tu libro Tríptico del Desierto:

Dios va, como un gran viento, levantando un rumor por la noche sembrada de labios entreabiertos.

Qué bueno que traes a la conversación a Carrera Andrade, otro espléndido poeta latinoamericano, como Zurita. Entré en contacto con su poesía cuando a finales de los setenta trabajaba en la UNAM como corrector de esa magnífica colección que era “Material de Lectura”. Me fascinó. Un poeta de lo encarnado, muy

sensible a la desencarnación que empezaba a anunciarse con el desarrollo tecnológico. Hay unos versos de “Biografía para uso de los pájaros”, en donde, al hablarle a los pájaros —presencias constantes en sus poemas—, dice con una nostalgia que a mí me conmueve por la fuerza con la que a través de dos imágenes —Carrera Andrade era un maestro de la imagen y del ritmo— muestra el horror en el que la interpretación racionalista y técnica del mundo nos ha sumido: “Nací en el siglo de la defunción de la rosa / cuando el motor había ahuyentado a los ángeles [...]”. Unos versos que evocan tanto al Rilke de la Segunda Elegía de Duino como al Heidegger de su ensayo sobre la Técnica y que me son muy cercanos, como muy cercanos me son también los versos que me citas. Estos podrían muy bien formar parte de los epígrafes del segundo panel de *Tríptico del Desierto*, “La noche de lo Abierto”, dedicado a la carne, como también lo está la primera parte, “Gozo”, del primer panel, “Las cuentas en los dedos”. Una palabra que no sólo suena terrible en español sino en boca de un católico para quien —según la tradición extremadamente espiritualista y dualista del siglo XIX, los enemigos del hombre son “el mundo, el demonio y la carne”.

Sin embargo, la carne para la que por desgracia sólo hay una palabra en español, de allí que suene tan terrible porque nos evoca la carne de los rastros —el inglés y el francés son más ricos, tienen dos palabras que la nombran y distinguen sus cualidades: *meaty flesh*, *chair* y *viande*— es uno de los misterios fundamentales del cristianismo: Dios se encarna y resucita con su carne. “El Credo” primitivo, el de los apóstoles, dice: “creo en la resurrección de la carne” y no como actualmente se dice en la liturgia de la Misa: “creo en la resurrección de los muertos”.

La carne es, en este sentido, un misterio magnífico. Lo que nos constituye como seres humanos. Nuestra condición. Aquello que a la vez que es nuestro límite nos permite en su límite aprehender, a través de la experiencia sensible, lo que nos sobrepasa. Todo, en el hombre, pasa por la carne, hasta la misma experiencia de Dios. Santo Tomás lo dice en una reflexión de su *Suma teológica* que yo parafraseo en el poema “El límite”: “[...] Pues no hay nada en nosotros / que no haya sido carne, / que no se haya sentido en sus sonoridades [...]”. Por ello, San Juan de la Cruz —tremendamente sensible al misterio de la Encarnación— pasa la experiencia de Dios a través de imágenes eróticas que retoma del *Cantar de los cantares*; por ello Santa Teresa —esa mística que, como dijo espléndidamente Panikkar, “se enamoró primero del cuerpo de los hombres para luego enamorarse del cuerpo de Cristo”— decía a sus novicias: “Nunca prescindan del cuerpo de Cristo”; por ello, para Carrera Andrade, Dios, “el más allá de todo”, se anuncia como un rumor en la noche donde los hombres se aman.

Para mí, y ese es el sitio desde donde escribí el panel de “La noche de lo Abierto” y el “Gozo” de “Las cuentas en los dedos”, la carne, en un mundo tremendamente interpretado o, para decirlo con esos otros versos de Carrera Andrade, en el que la rosa ha muerto y los motores ahuyentaron a los ángeles; en un mundo desencarnado por lo virtual y por la parafernalia tecnológica y la impersonalidad de las instituciones, donde la Iglesia-institución, contaminada de mundo y de inanidad espiritual, ha dejado de ser la gran mediadora entre el aquí y el allá, la carne es la única experiencia que puede devolvernos a nuestra condición divina, a esa experiencia del yo-tú de Buber y de Levinas que está también en lo mejor de la tradición cristiana. No sólo el yo-tú de los amantes, sino el yo-tú de lo creado, de lo real concreto, de lo que a través de los muertos pasa a través de la carne de la cultura, es decir, del mundo que ellos dejaron para nosotros en los *loci* de la poesía, de los templos, de la música, de las particularidades de cada tradición, de lo que, como lo muestra la parábola del Buen Samaritano o el misterio de la Encarnación, me llega gratuita y libremente a través de otro.

Carrera Andrade era un admirador confeso del poeta francés Francis Jammes, hoy prácticamente olvidado. Otro poeta, de diferente idioma, y más cerca de nosotros en el tiempo, Richard Wilbur, tradujo a Jammes con maestría y devoción. Sé, por nuestras conversaciones, que conoces bien la poesía de Francis Jammes. Te pido un comentario sobre este poeta olvidado, como los anteriores sobre Gamoneda y Carrera Andrade, siempre en relación con tu propia poesía y en especial con el Tríptico del Desierto.

¿Quién que haya leído a Jammes puede no estar enamorado de su poesía? Hablamos de un poeta que como San Juan de la Cruz o Milosz —no Czeslaw, a quien también admiro mucho por la comprensión del sentido de la Encarnación que está en la base de su poesía, sino de Oscar Wladislas de Lubicz, que nunca he sabido si fue abuelo o tío del otro Milosz—, está más allá de la poesía. Rilke, en los *Cuadernos de Malte*, confiesa que Jammes era “el poeta que habría querido ser” y Claudel decía de él “que era el último poeta que representaba en Francia el don gratuito y divino de la poesía”. Yo mismo retomo su “Oración de los asnos” y la pongo en boca de mi personaje Esteban Martorus, al final de mi novela *La confesión*, como la plegaria que lo acompaña en su muerte y que de alguna forma resume el sentido de su vida.

Me parece que la grandeza de Jammes radica en la humildad de su mirada. Quizá nadie, fuera de San Francisco, ha logrado mostrarnos, como Jammes lo hizo, el sentido íntimo y profundamente divino de la pobreza de las criaturas. Cuando leo a Jammes no puedo dejar de conmoverme y de alegrarme al ver en el sentido que tiene del misterio de las cosas creadas, que son la huellas de

Dios, lo que en mi *Tríptico del Desierto* es una de sus premisas fundamentales, de las que ya hemos estado hablando: la pobreza de Dios, su vacío, que es el rostro de su amor y de su presencia por ausencia.

Te decía hace rato que el *ágape*, lo que conocemos con la palabra latina *caridad* y que es una de las más hermosas definiciones de Dios: “Dios es amor” (*Theos ágape estin*), dice el Evangelio de Juan, es una de las formas del amor más profundas y difíciles. Amar lo que nos falta (el *eros*) lo hacemos todos; amar a los amigos (la *filia*) porque nos alegran y nos hacen bien, es menos frecuente, pero posible. Pero amar hasta negarnos, hasta disminuirnos para que otros, incluso seres que no nos simpatizan o por los que no sentiríamos ningún afecto, es prácticamente una locura, un escándalo, como decía San Pablo al referirse a la cruz de Cristo. Ese amor, cuando aparece, revela a Dios. Los amantes y los amigos lo saben en sus momentos más extáticos; los padres, cuando son buenos padres, los saben también al disminuirse, al retirarse para que sus hijos puedan crecer y ser independientes; pero se hace evidente, en un sentido que nos sobrepasa, cuando un hombre, por ejemplo, el padre Maximiliano Kolbe, cambia en Auschwitz su vida para morir por otro que apenas si conocía. Ese amor aparece, como decía antes, cuando algo nos llega gratuita y libremente a través de otro que se puso entre paréntesis para hacernos un bien.

Esta entrevista que me haces, en la que el poeta David Huerta se pone entre paréntesis para que yo y mi poesía hablemos, está más allá de la *filia*; es del orden del *ágape*, me revela a Dios y me hace sentir una profunda conmoción y un inmenso agradecimiento.

Jammes no deja de mostrar esa dimensión del amor con una ternura poco frecuente en la poesía. Recuerdo esa oración que puse en boca de Martorus y que revela, en la humildad y la pobreza de los asnos, el rostro del *ágape*, el rostro de Dios: “Cuando tenga que ir a ti, Dios mío, / haz que sea un día en que el campo estalle en polvo. / Deseo, como lo hice aquí en la tierra, / elegir un camino para ir al Paraíso. / Tomaré mi cayado, iré por las veredas / y les diré a mis amigos los asnos: / Soy yo, Francis Jammes, y voy al Paraíso, / pues no hay infierno en el país de Dios; / vengan conmigo, amigos del cielo. / Llegaré seguido de miles de orejas, / seguido de los que llevan cestos en los flancos, / jalen carros de ropavejeros, / cargan a lomo abollados cacharros, / de las asnas preñadas como odres en los caminos rotos, / y de aquellos llagados por las moscas. / Dios mío, haz que llegue a ti con esos asnos; / haz que los ángeles nos conduzcan en paz / hacia arroyos donde las cerezas tiemblan / como la risueña piel de las muchachas / y haz que inclinado en esa permanencia de las almas / sea semejante a los asnos / que contemplan su humilde y mansa pobreza / en la claridad del amor eterno”. ■